





# CANCIÓN CELESTIAL DE BALOU

YAN LIANKE

TRADUCCIÓN DEL CHINO Y NOTAS  
DE BELÉN CUADRA MORA



TÍTULO ORIGINAL: 耙耨天歌 (*Balou tiange*)

Publicado por  
AUTOMÁTICA  
Automática Editorial S.L.U.  
Avenida del Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com  
www.automaticaeditorial.com

© de la obra, Yan Lianke 2001. All rights reserved.  
© de la traducción, Belén Cuadra Mora, 2021  
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2021  
© ilustración de cubierta: Andrea Espier, 2021

Derechos exclusivos de traducción en lengua española: Automática Editorial S.L.U.

ISBN: 978-84-15509-45-5  
DEPÓSITO LEGAL: M-30006-2021

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors  
Composición: Automática Editorial  
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: noviembre de 2021

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

CANCIÓN CELESTIAL  
DE BALOU

YAN LIANKE

TRADUCCIÓN DEL CHINO Y NOTAS  
DE BELÉN CUADRA MORA



El mundo era todo colores y olores de otoño.

El pleno otoño llegó así, de repente, y era tan denso el dulce aroma del maíz que no había forma de disiparlo. El amarillo, que todo lo cubría, se condensaba sobre los aleros de las casas, las briznas de hierba y el cabello de los labriegos en forma de gotas a punto de precipitarse, irradiando centelleos de ágata e iluminando la aldea entera.

Iluminando la sierra.

Y el mundo.

La cosecha había sido copiosa. El año comenzó con una sequía moderada a la que siguieron fuertes inundaciones, pero cuando llegó el momento de la polinización en los cultivos de maíz, llovió e hizo sol en su justa medida. De resultas, pese a que en llanuras y valles la recolecta se vio reducida a la mitad, en los altos de la sierra se logró una abundancia inusitada. Las mazorcas, abultadas como pantorrillas, hicieron que se encorvaran los tallos, vencidos por el peso. Algunas plantas llegaron incluso a quebrarse para seguir creciendo a ras de suelo. La aldea Youjia, más conocida como «la aldea de los cuatro imbéciles

You», descansaba sobre un puñado de pendientes. No es preciso abundar en el panorama de la exuberante cosecha, que algunos comenzaron a segar ya entre el Rocío Blanco<sup>1</sup> y el Equinoccio de Otoño.

El terreno de You Sipo, cuarta esposa de la familia You, se encontraba en la cresta de la sierra, sobre la cima más retirada. Cuando un año antes se repartieron las parcelas, los aldeanos no quisieron aquel terreno porque estaba demasiado apartado. Intervino el alcalde: «You Sipo, tus imbéciles comen lo suyo. Labra tú ese campo y siembra tantos *mu*<sup>2</sup> como quieras». Así, You Sipo agarró a su tercera hija y al cuarto idiota, y sembró aquel terreno. Sembró la cima entera, unos ocho o diez *mu* tal vez, sin imaginar que la producción sería tan abundante como los mares y las montañas.

Después de tres días recolectando y transportando maíz junto a sus hijos, You Sipo apenas había cubierto una tercera parte del sembrado. Se sentía exhausta ante aquella abundancia convertida en molestia. El maizal interminable estaba tan atestado de tallos verdes y hojas secas que quien se adentraba en él creía sumergirse en un mar. You Sipo cargaba con un cesto repleto de maíz en dirección a la linde de la parcela cuando la alcanzó por la espalda el grito lívido de su tercera hija: «¡Madre!... ¡Madre!... Vigila al cuarto idiota. Me está persiguiendo para

---

1 Uno de los veinticuatro términos solares del año, según el calendario tradicional chino. El Rocío Blanco, comprendido entre los días 7 y 9 del mes noveno, marca la llegada del frío. Lo sigue, entre los días 23 y 24 del mes noveno, el Equinoccio de Otoño.

2 Medida de superficie, equivalente a 666,5 metros cuadrados.



tocarme las tetas. ¡Me las ha pellizado y me ha hecho daño!». Las mazorcas amontonadas junto a la parcela formaban ya un montículo. El cielo estaba alto; las nubes, diáfanas y distantes. Bajo los rayos del sol, sobre la cresta del monte, flotaba el polvo que los filamentos cárdenos del maíz soltaban al quebrarse. You Sipo se volvió hacia los gritos y vio, en efecto, cómo el cuarto de sus hijos perseguía a la tercera y le abría la blusa. Los pechos turgentes de la joven saltaban jubilosos, blancos y relucientes, como cabezas de conejos a punto de escapar de un brinco. You Sipo miró atónita a la tercera hija mientras su hermano le agarraba los pechos. En su cara no se veían pudor ni disgusto. Más bien al contrario, su rostro lucía rubicundo, igual que en las ilustraciones de Año Nuevo. Absorto detrás de su hermana, el cuarto idiota soltaba risotadas —ja, ja, ja—, mientras dejaba escapar un reguero de saliva y dos lágrimas de terror al ver a la madre. You Sipo quería saber cómo habían llegado a esa situación, y pensó en preguntar para aclarar las cosas, pero en vista del retardo de ambos hijos, no sabía por dónde empezar. Dubitativa, se giró y vio al marido, You Shitou, al borde de la parcela. Este se lo explicó todo. Le contó que el cuarto hijo había empezado desabrochándole la blusa a su hermana. «Lo he visto perfectamente desde aquí», añadió. You Sipo apartó la mirada y se dirigió al cuarto idiota: «Hijo, ven aquí. Tu madre te quiere decir algo». El niño se acercó vacilante. Entonces, You Sipo elevó la mano

en el aire y la dejó caer, cruzándole la cara de un bofetón.

El cuarto idiota rompió a llorar agarrándose la mejilla —buaaa, buaaa—, mientras You Sipo le gritaba: «¡¿Pero es que no ves que es tu hermana?!», tras lo cual el chaval corrió a esconderse en lo más hondo del maizal, como un perro apaleado que busca refugio en la maleza, y allí se acuclilló y continuó llorando con la mirada vuelta al cielo, inundando el campo entero con su estúpido llanto.

You Sipo se dispuso a retomar la tarea, convencida de que el asunto estaba zanjado y la tormenta había amainado. Volcó en el suelo las mazorcas del cesto y le dijo al marido: «Tú, a lo tuyo. Trabajo de sol a sol. En adelante no hace falta que aparezcas cada dos por tres». Dicho esto, se giró y se encontró con que la tercera hija seguía plantada en el sitio, contemplándola fijamente con cara apenada, como una hambrienta suplicando alimento.

—Ya he abofeteado a tu hermano, ¿qué más quieres que haga?

—Madre, quiero un marido. Yo también quiero que me abracen por la noche, como a mis dos hermanas mayores.

You Sipo se quedó de piedra.

Y de piedra se quedó también su marido. De pie junto al montón de mazorcas, ella observó a la hija retrasada: le sacaba una cabeza de alto y un hombro de ancho, y tenía los pechos abultados como montañas. De pronto, le asombró pensar que la joven tuviera ya veintiocho años. Con esa edad, You Sipo

era madre de cuatro hijos. Fue precisamente a los veintiocho, cuando el más pequeño apenas tenía año y medio, que el marido renunció a la vida y se le fue.

Aquel día llevaron al crío en brazos hasta el centro de salud de la ciudad y allí el médico extinguió la última llama de esperanza de los You.

A los diecisiete, ingresó en la familia You canturreando óperas. Con dieciocho, empezó a traer hijos al mundo, a una media de una niña cada año y medio. Cuando dio a luz a la primera, disfrutó de los cuidados del marido mientras guardaba cantarina el mes de posparto,<sup>3</sup> metida en la cama. Sin embargo, para su sorpresa, las tres primeras hijas nacieron con falta. Con medio año tenían la mirada perdida y el blanco de los ojos les resaltaba más que el iris y la pupila. A los tres o cuatro años comenzaban a decir «mamá». Con cinco o seis seguían cogiendo del suelo heces de cerdos y caballos, y pasados los diez todavía se meaban en los pantalones y mojaban la cama. Después de dar a luz a tres niñas retrasadas, le daba pánico volver a concebir un hijo con su marido. Hasta dejó de cantar óperas. Pero pasados algunos años, se le antojó un niño varón y desafió a la suerte. Marido y mujer se pusieron a ello hasta acabar agotados y, al fin, tuvieron un hijo. Al medio año, el bebé comenzó a balbucear y, con ocho o

---

3 La medicina tradicional china manda que las mujeres observen un mes de reposo después de dar a luz para restablecerse y adaptarse a su nueva condición de madres. Esta tradición antiquísima, que se remonta a la dinastía Han (206 a. n. e. - 220), establece diferentes pautas que dictan desde la alimentación hasta las temperaturas a las que se debe exponer la madre.

nueve meses, a corretear de acá para allá. Creyeron haber alumbrado al fin un vástago inteligente y, a veces, le hacían aprenderse unos cuantos versos de alguna ópera. Sin embargo, de forma inesperada, el niño se vio aquejado de altas fiebres al año y medio de edad. Al principio creyeron que se trataba de una enfermedad corriente, pero cuando sus padres lo examinaron detenidamente una mañana, tras una noche febril, lo encontraron con la boca torcida y los ojos vueltos. Perdió el habla, se volvió incapaz de sostener el cuenco de la comida y ya no supo hacer nada, salvo sonreír como un idiota —ja, ja, jaaa— y mirar al vacío atontado —eh, eh, eeeh—.

Los vecinos de la aldea se quedaron atónitos ante aquel cambio. En cuanto a You Sipo y su marido You Shitou, la conmoción les cubrió el rostro, el cuerpo, la casa y el patio con un manto lívido y lóbrego.

«Id a la ciudad cuanto antes para que lo vean en el centro de salud», les recomendaron los aldeanos.

Y así hicieron.

—¿Cuántos hermanos tiene? —preguntó el médico.

—Con sus hermanas son cuatro.

—¿Están bien las hermanas?

—Bueno, lo que es de la cabeza... no están bien del todo.

El médico se sobresaltó ligeramente. Observó a You Sipo durante largo rato.

—¿Hay algún antecedente de esta enfermedad en su familia?

—Ninguno —replicó ella—, mis padres eran personas normales.

—¿Y sus abuelos?

—También normales.

—¿Bisabuelos?

—No llegué a conocerlos. Mi padre contaba que mi bisabuelo vivió hasta los ochenta y dos años, y que aun entonces seguía bailando las danzas del león y del dragón. Mi bisabuela se sabía de memoria largos pasajes de óperas con setenta y nueve años.

El médico no hizo más preguntas a You Sipo.

—¿Y usted? —preguntó, dirigiendo la mirada a You Shitou.

Este guardó un silencio sepulcral. Su mujer le dio un codazo:

—Te están preguntando.

El marido contestó entre dientes:

—Mi padre era epiléptico. Cuando yo tenía tres años, se fue un día a arar a lo alto del monte. Allí le dio un ataque y se murió. Se cayó por un precipicio agarrado del arado.

You Sipo endureció la mirada. El médico dejó escapar un largo suspiro.

—Vuelvan a casa —dijo tranquilo—. Esta enfermedad no la cura ni el mismísimo Hua Tuo.<sup>4</sup> Es común que se salte una generación, de modo que, si tienen cuatro hijos, los cuatro serán retrasados. Si tienen ocho, lo serán los ocho. Lo mismo si tienen cien. Vuelvan y piensen en la mejor manera de atender a sus hijos mientras vivan.

No había más que decir. Salieron de la consulta.

---

<sup>4</sup> Conocido médico de la dinastía Han (206 a. n. e. – 220), recordado por realizar la primera cirugía con anestesia.